

CÓMO EMPEZAR A LEER *WALDEN**

Antonio Lastra

“Los libros —escribió Thoreau en *Walden*— deben ser leídos tan deliberada y reservadamente como fueron escritos.” La deliberación y reserva con que Thoreau escribió *Walden* está hoy, tras la publicación del *Diario* y los sucesivos borradores del libro y el establecimiento definitivo del texto,¹ fuera de toda duda, pero no siempre ha sido así, y, de hecho, su valor de lectura se ha resentido en ocasiones de una falta de deliberación y reserva antes de poder “considerar la estructura de *Walden* como un todo”² o de que pudiera afirmarse que se trataba de un libro “perfectamente acabado”³. Ha sido necesaria una cuidadosa revisión filológica y cultural de la escritura de Thoreau y de los trascendentalistas de Nueva Inglaterra⁴ —las “visitas de invierno”, la “compañía”

* Este texto forma parte de la introducción a HENRY DAVID THOREAU, *Walden*, edición y traducción de Javier Alcoriza y Antonio Lastra, Cátedra, Madrid (en curso de publicación).

¹ La edición definitiva de *The Writings of Henry David Thoreau*, dirigida por Elizabeth Hall Witherell *et al.* y publicada por Princeton University Press desde 1971, recoge ya ocho volúmenes del *Journal* desde 1837; el último, editado en 2002, comprende las entradas de 1854, el año de publicación de *Walden*. Sobre las fases de redacción de *Walden* y el establecimiento del texto definitivo (editado por J. Lyndon Shanley en 1971, en el primer volumen de *The Writings*), véanse, entre otros, J. LYNDON SHANLEY, *The Making of Walden*, The University of Chicago Press, Chicago and London, 1957 (que incluye el primer borrador del libro, redactado en *Walden*); *The Variorum Walden*, ed. by Walter Harding, Washington Square Press, New York, 1962, y STEPHEN ADAMS Y DONALD A. ROSS, *Revising Mythologies: The Composition of Thoreau's Major Works*, The University Press of Virginia, Charlottesville, 1988.

² FRANCIS O. MATTHIESSEN, *American Renaissance* (1941), Oxford University Press, Oxford, 1968², p. 167.

³ STANLEY CAVELL, *The Senses of Walden* (1972), An Expanded Edition, The University of Chicago Press, Chicago & London, 1992, p. 4.

⁴ Véase, entre otros, LAWRENCE BUELL, *Literary Transcendentalism: Style and Vision in the American Renaissance*, Cornell University Press, Ithaca, 1973. Tras la Guerra Civil, el trascendentalismo fue quedando relegado conforme una mentalidad positivista e historicista se apoderaba de las universidades americanas. El propio Emerson tuvo ocasión de comprobarlo al pronunciar en Harvard, donde había estado vetado durante casi treinta años, su conferencia sobre ‘El progreso de la cultura’ (RALPH WALDO EMERSON, ‘Progress of Culture. Address read before the Phi Beta Kappa Society at Cambridge, July 18, 1867’, recogido en *Letters and Social Aims* (1875), *Works of Ralph Waldo Emerson*, Routledge, London, 1894, pp. 473-480). En el caso de Thoreau, fue James Russell Lowell, uno de los “bramines” de Boston, el encargado de levantar el acta de defunción en una reseña de la edición póstuma de sus libros (‘Thoreau’, en HENRY DAVID THOREAU, *Walden and Resistance to Civil Government. Authoritative Texts, Journal, Reviews and Essays in Criticism*, A Norton Critical Edition, ed. by W. Rossi, Norton, New York, 1992², pp. 334-341). El documento más importante de la época es *Trascendentalismo en Nueva Inglaterra* de Octavius Brooks Frothingham, publicado significativamente en el primer centenario de la Declaración de Independencia y donde Thoreau

del eremita en los bosques de Walden (el poeta Ellery Channing, el filósofo Bronson Alcott, Emerson...)— para volver a la situación original del verano de 1854, cuando *Walden* apareció por vez primera, al mismo tiempo que las bayas de los saúcos, como anotaría Thoreau en su diario con su peculiar forma de comparar los fenómenos culturales con los naturales.⁵ ¿Cuál es, entonces, la estructura de *Walden*, considerada como un todo, y cómo se empieza a leer un libro perfectamente acabado? ¿Qué significa la exigencia de deliberación y reserva planteada por el escritor al lector? ¿Por qué habría que leer *Walden*?

La exigencia en cuestión se encuentra, precisamente, en ‘Leer’, el tercer capítulo de *Walden*, después de los capítulos dedicados a lo que Thoreau llama ‘Economía’ y cuya interpretación constituye la vía de acceso y la sección más extensa del libro, y a explicar ‘Dónde vivía y para qué’. Podríamos decir, en cierto modo, que la exigencia de leer con deliberación y reserva, a pesar de toda su importancia, no es urgente ni prioritaria: siendo “la economía de vivir... sinónima de la filosofía” y habiendo afirmado Thoreau —o el escritor deliberado y reservado de *Walden*— que “sólo anhelamos realidad”, si podemos resumir en ambas proposiciones los dos primeros capítulos, la lectura sería la tercera premisa (o exageración o provocación, como Thoreau decía a veces) del libro, después de la definición de la filosofía como una comunicación central con los lectores, opuesta a la “comunicación con los santos” que ha corrompido nuestra conducta, y de la seriedad con que “anhelamos” (el plural se refiere al escritor y al lector) la realidad. “Con un poco más de deliberación en la elección de sus ocupaciones —así empieza el capítulo sobre la lectura—, todos los hombres se volverían tal vez esencialmente estudiosos y observadores, ya que... su naturaleza y destino les interesa por igual.” La lectura es, pues, una ocupación o un ejercicio del libre pensamiento que contribuye a la dignidad de nuestra presencia en el mundo. (En el capítulo siguiente, ‘Sonidos’, Thoreau reduciría, incluso, la importancia de la lectura de los libros, pero no de la lectura o deliberación en general: “Ningún método ni disciplina puede superar la necesidad de estar siempre alerta”, “¿Serás sólo un lector, un estudiante o un visionario? Lee tu hado, mira lo que hay frente a ti y camina hacia el futuro”. “Durante el primer verano —añadía Thoreau— no leí libros... Hice algo mejor.”⁶ Y el capítulo siguiente está dedicado a la ‘Soledad’ y a preparar, tras la visita del “propietario original” de Walden y de la “anciana dama” que le contarían el original de cada fábula para que él pudiera revisarlas y escribirlas, el significado de la

apenas es digno de mención (*Transcendentalism in New England. A History*, ed. by S. E. Ahlstrom, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 1972⁵).

⁵ Véase la entrada del 9 de agosto de 1854: “*Walden* published. Elder berries...”. En abril de ese mismo año, Thoreau había anotado que podía “criticar mejor mi composición a cierta distancia” (H. D. THOREAU, *Walden and Resistance to Civil Government*, p. 307).

⁶ En el diario, poco después de empezar a vivir en Walden, Thoreau esbozaría esa tarea futura: “No plantaré judías otro verano, sino sinceridad, verdad, sencillez, fe, confianza, inocencia” (15 de agosto de 1845, en H. D. THOREAU, *Walden and Resistance to Civil Government*, p. 263), que luego recogería en el capítulo ‘El campo de judías’ de *Walden*: “Adquirí una experiencia ulterior...”.

“comunidad” en el capítulo posterior de las ‘Visititas’, es decir, la estructura sucesiva de *Walden* como un todo a la vez literario y social.)

El autor de *Walden* no podría exigir a sus lectores que leyeran de un modo determinado —que leyeran su hado o hicieran algo mejor o estuvieran siempre alerta— mientras no hubiera determinación en sus palabras o no dijera exactamente lo que quería decir con ellas. Lo que Thoreau quiso decir con filosofía y realidad, o con los sinónimos que oportunamente emplearía a lo largo del libro (la primavera de las primaveras, fe, experiencia, independencia, anticipación a la naturaleza, leyes superiores, soledad, comunidad, castidad, austeridad, el trabajo de la mañana, perder el mundo...), condiciona el significado y la exigencia de la lectura. Un libro acabado o que ha dado sus frutos y cuyo autor se sitúa a cierta distancia de su obra es un libro que responde a una necesidad logográfica, de acuerdo con la cual todo cuanto el escritor dice coincide necesariamente, sin errores ni omisiones inconscientes, con lo que el escritor quiere decir: “Alegremente diría todo lo que sé”, dice Thoreau. Un libro acabado supone un escritor deliberado y reservado, cuyas faltas —la falta de la contradicción ilimitada que Emerson señalaría en Thoreau, sobre todo, y que era un rasgo común del estilo trascendentalista— serían, sin embargo, deliberadas y obedecerían a una reserva o discreción esenciales. “Mi deseo de conocimiento —diría Thoreau en ocasiones— es intermitente”, “¿cómo podría recordar su ignorancia —preguntaría en *Walden*— quien ha de usar tanto su conocimiento?”.

El conocimiento no podría, en efecto, corresponderse por completo con la realidad, puesto que el recuerdo de la ignorancia o, como escribe Thoreau al empezar *Walden*, la limitación debida a “la pobreza de mi experiencia”, son indispensables en la disposición de ánimo original que debe resultar favorable a la filosofía y a la realidad: *Walden* y *Walden* se trascienden mutuamente sin llegar nunca a equipararse. Dada la premisa (una exageración o provocación para la mayoría de sus conciudadanos y no pocos de sus lectores, pero también un objeto de la curiosidad o el interés para todos) que establece que Thoreau vivió en *Walden* y escribió *Walden* para responder seriamente a un anhelo de realidad que tal vez no pudiera verse nunca satisfecho, pero que siempre sería preferible al abuso del conocimiento (como la conciencia de la escasez lo es a la abundancia inconsciente), la economía de la vida que es sinónima de la filosofía y el deseo de evitar la falsedad o el engaño convierten la escritura (y la estructura) de *Walden* en la respuesta a una necesidad de “construir aún más deliberadamente de lo que yo lo hice”, una respuesta a todo cuanto resulta necesario para vivir, en comparación con lo cual la libertad de expresión —como el espejo del agua de la laguna— es un reflejo o una reflexión. La lectura es un reflejo o una reflexión de la escritura como la libertad de expresión lo es de la necesidad logográfica sin la que ningún gran libro habría sido concebido. El hábito de lectura de Thoreau, proyectado hacia sus lectores, reflejaría, entonces, un arte de escribir tan característico de una tradición literaria (puritana, trascendentalista, constitucional o americana, universal) como propio: cuando el autor de *Walden* explica cómo y con qué seriedad hay que leer los grandes libros, no sólo nos está enseñando a leer el suyo, sino que nos está diciendo cómo (“dónde y para qué”) lo escribió y mostrando los secretos de su oficio, divulgando las “doctrinas esotéricas” o

“revisando la mitología”. La lectura es un efecto de la verdadera educación liberal del individuo y de la comunidad, la prueba por excelencia de que se ha enseñado y aprendido algo y aumentado la experiencia sin abusar del conocimiento.

Con cualquier clima, a cualquier hora del día o de la noche, me he preocupado —escribe Thoreau en ‘Economía’— por mejorar la muesca del tiempo y señalarla en mi bastón; por permanecer en el cruce de dos eternidades, el pasado y el futuro, que es precisamente el momento presente, por conformarme con ello. Perdonaréis ciertas oscuridades, ya que hay más secretos en mi oficio que en el de la mayoría de los hombres, que no guardo voluntariamente, sino que son inseparables de su naturaleza. Alegrementemente diría todo lo que sé, sin pintar nunca en la puerta: “Prohibido el paso”.

Thoreau se refiere a la transparencia de la escritura, a la posibilidad de franquear la entrada en el libro y no prohibir su lectura, cuando muestra los secretos de su oficio, los elementos inseparables de la escritura, las oscuridades que hay que perdonarle. Del mismo modo que, en la ‘Conclusión’ de *Walden*, advierte —transcribiendo casi literalmente una entrada del diario y acusando la responsabilidad de la escritura— que no sabe cuáles son las razones para marcharse de los bosques de Walden (para entregar *Walden* a los lectores y devolver Walden al propietario original, como el hacha que tomó prestada para construir su casa y devolvió aún más afilada) y que, en cualquier caso, habrían de ser semejantes a las que le habían llevado allí (para escribir su libro), la lectura de *Walden* se convierte en la justificación de la obra de Thoreau; los escritos anteriores y posteriores, tanto los grandes libros como los ensayos menores en extensión o los poemas o el mismo diario, tienen una marcada tendencia al viaje y al desplazamiento que hace del reposo de *Walden* (aunque “el reposo nunca es completo”) lo contrario de una metáfora: “Hemos construido un hado, un *Atropos*, que nunca se desvía” y que habría que leer. Para escribir sobre ese hado —la máquina de la sociedad— y darle nombre, Thoreau tenía que tomar distancia. *Walden* es un reflejo y una reflexión —tan profunda y pura como las aguas de la laguna— de toda la obra de Thoreau, la expresión más clara de su pensamiento y la trascendencia de su vida, contemplada a cierta distancia o con cierta independencia que Thoreau calificaría de accidental (“Cuando por vez primera fijé mi residencia en los bosques, es decir, empecé a pasar tanto mis noches como mis días, lo que hice, por accidente, en el Día de la Independencia, el 4 de julio de 1845, mi casa no estaba acabada...” Pero, si era accidental, ¿por qué recordarlo en el capítulo de lo necesario para la vida?). Incluso los escritos políticos más exagerados y provocativos de Thoreau (reunidos tras su muerte con el ambiguo nombre de *Reform Papers*, “ensayos reformistas”, que se ha mantenido hasta hoy junto con la polémica que los inspiró sobre la existencia de “leyes superiores” a la Constitución⁷) encuentran en *Walden* su transformación definitiva: la libertad de expresión —escribió Thoreau— “que la causa contra la

⁷ Con ocasión del 150 aniversario de la publicación de *Walden* los escritos políticos se han reeditado con un título más apropiado: *The Higher Law: Thoreau on Civil Disobedience and Reform*, ed. by W. Glick, Princeton University Press, Princeton, 2004.

esclavitud concede a todo cuanto toca” recibiría en sus páginas la gracia de la necesidad.⁸ La redacción final de *Walden* está llena de significado, pero se trata de un significado descubierto o aceptado gradualmente desde que, en 1837, Thoreau anotara, a instancias de su gran mentor Emerson, la primera línea de su *Diario*, hasta los intentos por sobrevivir literariamente fuera de Walden y después de publicar *Walden*.⁹

Sería difícil exagerar las influencias que obran sobre *Walden* y que *Walden* ha ejercido, aunque habría que tener presente que la laguna que le da nombre “no tiene afluentes o aliviaderos conocidos”. (Considerar su estructura como un todo o leerlo como un libro perfectamente acabado —describir su carácter ejemplar— requiere leer bien el capítulo sobre la ‘Soledad’: “El espeso bosque no está precisamente a nuestra puerta, ni la laguna, sino que contamos con lo que es claro, familiar y habitual, algo apropiado y, en cierto modo, cercado, y reclamado por la naturaleza”, “queremos vivir más cerca... de la fuente perenne de nuestra vida, de donde por experiencia sabemos que proviene”, así como las contradicciones de la ‘Conclusión’: “Quiero sopesar, decidir, gravitar hacia lo que me atrae con más fuerza y derecho... no suponer algo, sino tomar las cosas como son, viajar por el único sendero por el que puedo viajar y en el cual ningún poder se me resiste... Hay un fondo sólido en cualquier parte”, pero también: “No sabemos dónde estamos”). Si, en el conjunto de la obra de Thoreau, *Walden* es el “fondo duro y rocoso, que podemos llamar *realidad*”, en el conjunto de lo que podríamos llamar civilización o cultura o educación o, como escribe Thoreau, “a través de París y Londres, de Nueva York, Boston y Concord, a través de la iglesia y el estado, a través de la filosofía, la poesía y la religión”, ocupa un “claro” en el bosque, como solía decir Thoreau, una extensión de terreno cultivable, el campo mismo de la cultura. El capítulo sobre ‘El campo de judías’ se convierte, con esta perspectiva, en una interpretación de la cultura o de la educación como algo, sin embargo, esencialmente inexplicable: “No sabía cuál era el significado de este pequeño trabajo hercúleo, tan digno y constante... Pero, ¿por qué debía cultivarlas? Sólo el cielo lo sabe... ¿Qué

⁸ *Walden* podría leerse, de hecho, en la época de Frederick Douglass y Harriet Beecher Stowe, como una *slave narrative*, una pauta de lectura que el propio Thoreau sugería, por ejemplo, en el capítulo sobre los ‘Primeros habitantes’, donde recuerda que Walden había sido la morada de esclavos liberados y fugitivos.

⁹ La entrada en el diario en la que Thoreau reflexiona sobre su marcha de los bosques —en septiembre de 1847, tras pasar allí dos años, dos meses y dos días— está fechada el 22 de enero de 1852 y coincide con la última fase de redacción de *Walden*, especialmente desde el capítulo sobre ‘Las lagunas’ hasta la ‘Conclusión’, en la que se advierte un tono distinto al que había empleado en los capítulos anteriores, pensados, en su mayoría, para ser leídos en público. Las reflexiones de Thoreau sobre la superioridad cultural de la escritura respecto al habla tienen aquí una aplicación precisa: “Hay un intervalo memorable entre la lengua hablada y la lengua escrita, la lengua oída y la lengua leída. La primera es, por lo general, transitoria, un sonido, un habla, sólo un dialecto, casi brutal, y lo aprendemos inconscientemente, como los animales, de nuestras madres. La segunda es la madurez y experiencia de la primera; si aquélla es nuestra lengua materna, ésta es nuestra lengua paterna, una expresión reservada y selecta, demasiado significativa para ser escuchada; para hablarla, deberíamos nacer de nuevo” (‘Leer’). En esa misma época Thoreau dejaría de escribir poesía.

aprenderé de las judías o ellas de mí?... Estas judías tienen resultados que no he cosechado”. *Walden* es un clásico o un gran libro. Al tratar con los clásicos o los grandes libros, los lectores tratan con los términos de la verdad sustraída a la historia y, según Thoreau, se immortalizan. La inmortalidad o intemporalidad literaria de la verdad expresada en los clásicos o los grandes libros requiere una lectura seria, tan seria como el anhelo de realidad y, en una ilimitada contradicción, tan alegre como la disposición de ánimo —la exageración o la provocación— con la que el escritor dice lo que sabe y cómo lo ha aprendido, aunque no por qué debía aprender o por qué debía ir a los bosques o volver a la civilización. La cultura —como Thoreau pondría de relieve en el capítulo sobre ‘La granja de Baker’— es más misteriosa que la ignorancia.

En ‘Leer’, Thoreau afirmaría que la lectura es, precisamente, el oficio de los “escolares”, haciéndose eco de ‘The American Scholar’ de Emerson. (En su discurso fúnebre —que, en cierto modo, no encontraría eco en la lectura de Thoreau hasta la recuperación filosófica del texto por Cavell—, Emerson diría que Thoreau “se complacía en los ecos y decía que eran las únicas voces amables que había oído”.¹⁰) Emerson había pronunciado su conferencia en la Universidad de Harvard en 1837, ante una audiencia entre la cual se encontraba según la leyenda un recién licenciado Thoreau, y había declarado la independencia intelectual de los Estados Unidos como una facultad para “leer bien”: “Para leer bien —había dicho Emerson— hay que ser un inventor”, y el escolar entregado a la ética literaria que Emerson preconizaba debía seguir el camino adecuado de la lectura, confiando en sí mismo. El escolar “aprende que quien domina una ley en sus pensamientos íntimos es, en la misma proporción, el maestro de todos aquellos hombres cuya lengua habla y de aquéllos a cuya lengua se ha traducido la suya”. “Cuanto más hondo —añadía Emerson, casi en los términos proféticos del “trabajo con las manos” (el campo de judías, el trabajo de la mañana, la escritura) de Thoreau en *Walden*— excave el escolar en sus presentimientos más íntimos y secretos, para su sorpresa encontrará que son los más aceptables, públicos y universalmente verdaderos”. Esta comunicación o identificación o emancipación que el lenguaje hace posible entre el escritor y el lector cobraba, para Emerson, el aspecto de una “revolución” o, con la palabra clave de su pensamiento, de una “domesticación” de la idea de cultura. Esta domesticación sería posible porque, por primera vez en la historia, existía “una nación de hombres”. Todos los lectores de Emerson recibían su inspiración de la misma fuente.¹¹

¹⁰ R. W. EMERSON, ‘Thoreau’, en H. D. THOREAU, *Walden and Resistance to Civil Government*, pp. 320-333, p. 332.

¹¹ R. W. EMERSON, ‘The American Scholar’, en *Essays and Lectures*, ed. by J. Porte, The Library of America, New York, 1991⁶, pp. 53-71. “Nuestras vidas —escribiría reprobatoriamente Thoreau en el primer capítulo de *Walden*— son domésticas en más sentidos de los que creemos.” A finales de 1850, Thoreau anotaría en su diario que “en la literatura sólo nos atrae lo salvaje... el pensamiento salvaje”, una frase que estructuraría *Walden* (aunque no la emplearía cuando redactara las últimas versiones del texto, significativamente el capítulo sobre las ‘Leyes superiores’) hasta que pudiera afirmar que “las escenas más salvajes se me habían hecho indeciblemente familiares”.

Thoreau aprendería a escribir leyendo a Emerson. No bastaría con hablar la lengua de la nación de hombres para la que Emerson había escrito: *Walden* nacería de la convicción de que había que escribir, en correspondencia con la lectura de los grandes libros del pasado, los grandes libros del presente que albergaran una expresión reservada y selecta, demasiado significativa para que los oídos la oigan y que requeriría que volviéramos a nacer para hablarla, pero que podía ser leída. La revisión de la mitología que tiene lugar en *Walden* proviene de este renacimiento necesario y posible por medio de la lectura y la escritura. Una vez escrito *Walden*, Thoreau podía dejar “los bosques por una razón tan buena como la que me llevó allí”. Renacido para hablar una lengua paterna y en posesión de la “lengua selecta de la literatura”, Thoreau “tenía más vidas que vivir”. El arte de escribir era, en efecto, el arte más cercano a la vida. Hay palabras y libros que se dirigen —escribe Thoreau— a nuestra condición y que, si pudiéramos entenderlos, “serían más saludables que la mañana o la primavera para nuestras vidas”. En esos libros se basa la educación liberal. La última página del capítulo sobre la lectura es una página sobre la educación. En deuda con la educación trascendentalista dirigida a los jóvenes americanos, reformistas o conservadores, Thoreau propone una educación “poco común” (una “doctrina esotérica”). Las ciudades habrían de convertirse en las verdaderas escuelas y universidades, ocupar el lugar de la nobleza histórica. A este respecto, *Walden* es una utopía educativa escrita en la transición de los púlpitos puritanos a las universidades pragmatistas y su situación, cerca de Concord y de la civilización, se correspondería con un mundo que empezaba a ser profanado. “¿Por qué habría de ser —se preguntaría Thoreau— provinciana nuestra vida?” El último párrafo del capítulo sobre la lectura prestaba coherencia a *Walden* como un todo literario que empezaba a disgregarse socialmente:

Actuar colectivamente responde al espíritu de nuestras instituciones; confío en que, cuando nuestras circunstancias sean más florecientes, nuestros medios sean mayores que los del noble. Nueva Inglaterra puede contratar a todos los hombres sabios del mundo para que vengan y le enseñen, y alojarlos entre tanto, sin ser provinciana. Ésa es la escuela *poco común* que necesitamos. En lugar de nobles, tengamos nobles ciudades de hombres. Si es necesario, omitamos un puente sobre el río, vayamos un poco más allá y tendamos al menos un arco sobre el más oscuro golfo de la ignorancia que nos rodea.¹²

Había una razón tan buena para ir a los bosques, mientras las circunstancias no fueran tan florecientes, como para volver a la ciudad, no porque

¹² Emerson había insistido en la misma idea durante la década previa al estallido de la Guerra Civil y la posterior organización universitaria. En *La conducta de la vida*, que se publicaría seis años después de *Walden*, escribió: “Si los estados, las ciudades y los liceos poseyeran las obras de arte, reforzarían los vínculos de la comunidad. Una ciudad puede existir con un propósito intelectual. En Europa, donde las formas feudales aseguran la conservación de la riqueza en ciertas familias, esas familias compran y preservan esas obras y permiten que el público pueda verlas. Pero en América, donde las instituciones democráticas dividen cada estado en pequeñas porciones, el público ha de acudir, tras pocos años, a casa de aquellos propietarios y obtener cultura e inspiración para el ciudadano” (R. W. EMERSON, *La conducta de la vida*, ed. de J. Alcoriza y A. Lastra, Pre-Textos, Valencia, 2004, p. 100).

las circunstancias hubieran cambiado, sino porque el autor había recogido los frutos de la sinceridad, la verdad, la sencillez, la fe, la confianza, la inocencia (los “frutos salvajes” sobre los que escribiría hasta el final de su vida): *Walden* es una escuela singular, poco común, a la que cualquiera podría acceder si se atreviera a reconocer la fatalidad y accidentalidad de los grandes acontecimientos que jalonan la historia natural del hombre que trata de satisfacer lo necesario para vivir, como la independencia o la providencia. La obra de Thoreau empieza y acaba con un doble movimiento de trascendencia: uno, hacia el exterior de los límites de la ciudad, que Thoreau reflejaría en los escritos que preparaba para su publicación y accidentalmente publicaría; otro, hacia “la intimidad sin expresión de la vida” que encontraría, precisamente, su expresión en un diario cada vez más elaborado y complejo, del que irían saliendo las mejores páginas de Thoreau, trascendidas en *Walden*.¹³ El camino hacia *Walden* que Thoreau empezó a recorrer en 1837 no era, en sí mismo, infranqueable. “Quería encontrar —anotaría en la primera página del *Diario* escrita en Walden— los hechos de la vida, los hechos vitales, los fenómenos o la realidad que los dioses quisieran mostrarnos, cara a cara; por esa razón vine aquí”.

Thoreau dejó Walden para que pudiéramos leer *Walden*: ése era el camino hacia el futuro. Sin embargo, la escritura final de *Walden* y la inmensa serie de escritos que dejaría sin publicar a su muerte —los dos grandes libros elegíacos sobre los bosques de Maine y el cabo Cod, cuya estructura no podemos considerar como un todo ni podemos leer como si estuvieran perfectamente acabados—, así como las piezas polémicas sobre la figura del capitán Brown o los últimos y hermosísimos escritos sobre la naturaleza están teñidos de la preocupación por una creciente falta de significado de la ciudad a la que volvía. Esta falta de significado de América (Thoreau emplearía a menudo, como Lincoln, la metáfora bíblica de la casa dividida y la exigencia de acabar el trabajo emprendido¹⁴) duraría al menos hasta la Guerra Civil, a la que Thoreau no sobreviviría, y ensombrecería el legado de Thoreau para las generaciones de los supervivientes (hasta el punto de que su recuperación, como la de sus contemporáneos, hubo de ser concebida como un “renacimiento americano”) y se ha cernido sobre la escritura de Thoreau y sobre su lectura de un modo casi ilimitadamente contradictorio: podría decirse, sin exageración ni provocación, que la sincera voluntad de recoger los testimonios de la extinción de los indios y la causa contra la esclavitud y la defensa de la naturaleza amenazada por la explotación industrial son apenas la superficie de un fenómeno que Thoreau ya

¹³ En su ensayo de juventud sobre ‘Aulus Persius Flaccus’ (1840) Thoreau inscribiría el lema de su escritura: “... *et aperto vivere voto*”, y propondría “descubrir y familiarizarnos con las cosas”. La estructura de *Walden* resistiría la intemperie, el aire libre, el carácter abierto: “Queda más día por amanecer” (‘Conclusión’).

¹⁴ Thoreau y Lincoln están más cerca uno del otro de lo que podría suponer un método de filosofía política ambiguamente conservador, como el de Harry V. Jaffa (‘Reflections on Thoreau and Lincoln. Civil Disobedience and the American Tradition’, en *The Conditions of Freedom. Essays in Political Philosophy*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore and London. 1975, pp. 124-148). Entre el “martirio” del capitán Brown y el del propio Lincoln, Thoreau podría situarse con perfecto derecho como defensor de las leyes superiores.

había percibido en su juventud —entre las ilusiones del viaje por los ríos Concord y Merrimack, en compañía de su hermano, con las esperanzas intactas de convertirse en el escolar americano que Emerson había anunciado— al advertir que faltaba un trasfondo adecuado en la vida del hombre sobre la tierra, que ni el estado (que “no educa”, como denunciaría en ‘Resistance to Civil Government’) ni tal vez la misma naturaleza (“Es difícil someter a la naturaleza, pero ha de ser sometida”, escribió en *Walden*) podría proporcionar, y que obligaría a Thoreau a remontarse cada vez más en la peregrinación a las fuentes de la verdad. (La devoción de Thoreau por la literatura y la filosofía orientales nacía también de esa sensación: “Nuestro mundo moderno y su literatura parecen endebles y triviales; dudo, incluso, si no habría que referir esa filosofía a un estado anterior de la existencia”, escribiría en el capítulo sobre ‘La laguna en invierno’, justo antes de la llegada de la primavera a Walden y el capítulo sobre la ‘Primavera’.)

Esa percepción es la que dictaría su sentencia de inconstitucionalidad de la Constitución americana, en comparación con las leyes superiores (o, en el terreno religioso de la lectura, juzgaría esencialmente ilegible la Biblia por comparación con un texto anterior y con el propio ejercicio del libre pensamiento en la lectura), y le llevaría a admirar en John Brown una figura heroica y lo suficientemente puritana como para avergonzar a los sucesores de quienes habían fundado una nación de hombres iguales y libres. Esa percepción, también, es la que le llevaría a considerar la democracia, antes de que se convirtiera en una palabra sagrada y en una concepción dogmática de la sociedad, un episodio irreversible del conocimiento político, pero en modo alguno la última mejora posible del gobierno. Sus palabras, al respecto, suenan como las de su modelo socrático: “He imaginado un estado más perfecto y glorioso, pero que no se visto aún en ninguna parte...”, con la diferencia, respecto a los antiguos, de que la antigüedad a la que Thoreau se refería y que buscaría en la profundidad de los bosques de Maine o en la desolada península del cabo Cod, donde una vez había empezado todo cuanto tenía que resultar significativo para América, no coincidía con la antigüedad de los clásicos¹⁵ ni, probablemente, con una antigüedad meramente temporal o natural, sino que era una antigüedad (como podríamos llamarla, con la ilimitada contradicción de Thoreau) simultánea con el presente, a veces perceptible en la *res privata* de los hombres y manifiesta cuando los hombres actúan por principios o perciben y llevan a cabo lo justo. Thoreau quería trascender el fondo que había en cualquier parte. En cualquiera de los sentidos de la palabra —los que Emerson le había dado y los que Thoreau añadiría en *Walden* al decir que “el mismo globo se trasciende y traslada a sí mismo continuamente”—, Thoreau fue un trascendentalista.¹⁶

“¿Por qué se descubrió América?” Thoreau respondería que América aún no había sido descubierta o lo había sido superficialmente o con la falsa creencia —como en el caso de la laguna de Walden— de que no tendría fondo. Pero lo

¹⁵ Véase ETHEL SEYBOLD, *Thoreau: The Quest and the Classics*, Yale University Press, New Haven, 1951.

¹⁶ Véase R. W. EMERSON, ‘The Transcendentalist’, en *Essays and Lectures*, pp. 191-209.

tenía. A veces, Thoreau hablaría como americano (“Nosotros, los americanos”, dice en la ‘Conclusión’ de *Walden*, o cuando escribe en ‘A Yankee in Canada’: “Un americano —alguien que haya hecho un uso moderado de sus oportunidades— se preocupa relativamente poco de esas cosas [*i. e.*, de su condición nacional] y se encuentra al respecto ventajosamente más cerca de la condición primitiva y última del hombre”, o con la ironía con la que se identifica con los *Pilgrim Fathers* en *Cape Cod*), especialmente cuando insistía (“por accidente”) en señalar la fecha de la Declaración de Independencia como el día en que empezó a vivir en Walden y cuando, el mismo año de publicar *Walden*, acusaría en esa efemérides a sus conciudadanos de permitir la esclavitud en Massachusetts en los términos de la imposibilidad de la lectura: “No he leído con profundidad los estatutos de esta comunidad. No es una lectura provechosa. No siempre dicen la verdad y no siempre quieren decir lo que dicen”.¹⁷ Al terminar su discurso, Thoreau diría que “hemos gastado toda nuestra libertad heredada” y concluiría: “Caminé hacia una de nuestras lagunas...”.

La lectura de *Walden* es, sin embargo, la única posibilidad de volver a Walden para terminar una educación verdaderamente liberal cuyas etapas, como la sucesión de los árboles del bosque a los que Thoreau se referiría en uno de los últimos ensayos que escribió, habrían de culminar en una conservación del nuevo mundo. Esta conservación es esencial para dotar de un trasfondo adecuado a nuestras vidas. Thoreau alude a ella en la más importante de las revisiones de la mitología que llevaría a cabo en *Walden*:

En las largas tardes de invierno, cuando la nieve cae rauda y el viento aúlla en el bosque, me visita de vez en cuando un viejo colono y propietario original que, según se dice, excavó la laguna de Walden, la empedró y la cercó de pinares, alguien que me cuenta historias del tiempo pasado y la nueva eternidad... y, aunque se cree que ha muerto, nadie podría mostrar dónde está enterrado. En mi vecindad vive también una anciana dama, invisible para la mayoría, en cuyo fragante jardín me encanta pasear a veces, mientras recojo muestras y escucho sus fábulas, pues tiene un ingenio de fertilidad inigualada y su memoria se remonta más allá de la mitología y es capaz de contarme el original de cada fábula y el hecho en que se funda, pues los incidentes ocurrieron cuando era joven. Se trata de una dama rubicunda y fuerte, que disfruta de cualquier clima y estación y que probablemente sobrevivirá a todos sus hijos (‘Soledad’).

Y, hacia el final de su vida, entre los escritos que debían componer ‘Wild Fruits’ (Frutos salvajes), propuso, en la última y más ilimitada de sus contradicciones, “conservar todo el bosque de Walden, con Walden en medio”, como un área sin cultivar, un propósito que la moderna ecología de la cultura ha hecho suyo y que pertenece, sin embargo, a cada nuevo lector de *Walden*.

¹⁷ Véase ‘Slavery in Massachusetts’ (1854), en H. D. THOREAU, *Collected Essays and Poems*, pp. 335, 346. Thoreau pronunció su discurso el 4 de julio, un mes antes de la publicación de *Walden*, y debe ser leído como una justificación de su partida y de la publicación: “El efecto de un buen gobierno es hacer más valiosa la vida... Durante el último mes he vivido —y creo que cualquiera en Massachusetts capaz de albergar un sentimiento patriótico habrá pasado por una experiencia similar— con la sensación de haber sufrido una vasta e indefinida pérdida” (p. 345).